



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

León Cohen Mesonero

La memoria blanqueada

[selección de fragmentos]

Edición impresa

León Cohen Mesonero, *La memoria blanqueada* (2006)

En

León Cohen Mesonero (2006) *La memoria blanqueada*. Madrid: Hebraica Ediciones. (pp. 35-40, 87-88)

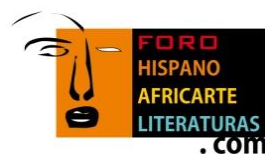
Edición digital

León Cohen Mesonero, *La memoria blanqueada* (2011)
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Noviembre de 2011



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D
«Literaturas africanas en español. Mediación
literaria y hospitalidad poética desde los 90»
(FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



La memoria blanqueada León Cohen Mesonero

ROSA TEÑIDO DE GRIS O VICEVERSA: MI ABUELA LUNA

Todavía no he cumplido cinco años, mientras me lleva a la escuela, ¡qué miedo! Será mi primer día; la abuela, mi abuela Luna, debe de sentirse orgullosa de ser la garante y guardiana de la educación de su segundo nieto, el primer varón por otra parte. El Colegio Francés se halla a medio kilómetro escaso de su casa. Hay que recorrer o más bien remontar casi toda la Avenida de las Palmeras ya que existe una ligera pendiente desde la Calle Italia hasta el colegio. Pasamos por Correos, bordeamos el Jardín de las Hespérides (en la acera de enfrente está la escuela de la Alianza Israelita cuyo director es el gordito y patizambo Elías Fereres, insigne componente del equipo de fútbol «Los Macabeos» que dio que hablar en la década de los años treinta) y llegamos al cementerio de Lalla Menana, luego unas cuantas casas, que mi memoria traicionera recuerda como pequeños chalets adosados de una sola planta. Entre éstos se encuentra la que es o será la casa del doctor Dalebrok, así como la casa del insigne maestro de la Alianza: Monsieur Medina. Finalmente llegamos a la altura de la casa del Raisuni, tenemos que cruzar la carretera pues justo enfrente se halla el que será durante siete años mi colegio.

Mi abuela me lleva bien agarrado. Viste falda azul oscuro por debajo de la rodilla, blusa de lunares blancos con el mismo fondo azul y una *mejerma* o pañuelo también azul que le cubre su larga cabellera. Desde mi pequeñez frente a su enormidad (por algo la apodan Luna la Larga) me siento seguro a su lado a pesar de la inquietud y la ansiedad que me embargan...

Ella, que ha tenido siete hijos, cuatro mujeres y tres hombres, tenía apenas quince años cuando su padre la comprometió con un hombre de más de cuarenta venido de las montañas del Rif. Fue un trato de los que se hacían a finales del siglo XIX. El compromisario era *camalo* (cargador de sacos y bultos), poseía un burro, algún dinero, cierta edad y era fi el observador de la tradición, pero sobre todo era uno de los «Cohanim», más que suficiente para desposar a aquella adolescente, que escondida tras una cortina contemplaba con pudor y con exagerado rubor cómo su padre la donaba a aquel desconocido tan mayor para ella. Ella, que nunca ha conocido la voluptuosidad del amor joven y que vio marchitarse su belleza criando a unos hijos que nunca le agradecerían su sacrificio. Hoy sin embargo, debe de sentirse satisfecha de ser abuela de un pequeño individuo al que dirige con paso firme hacia un futuro probablemente mejor que su pasado.

Es octubre del año 1951, en Larache, la segunda ciudad más importante del Protectorado Español después de Tetuán y el mundo no es de colores. Sin embargo mi abuela está y me protege, siempre lo hará. *Mi rey o ferasmal* (salido del mal en castellano antiguo), *me vaya capará por ti* (daría mi vida por ti, más o menos), son algunas de las expresiones de cariño con que siempre nos obsequió

a mis hermanos y a mí. No ha quedado en mi memoria ningún reproche, ningún mal trato de su parte, ni siquiera un cachete.

Me recuerdo sentado en lo que ella llamaba su *halda*, que en judeoespañol parecía querer indicar el hueco entre sus piernas cuando protegida por una larga falda, se sentaba con aquéllas cruzadas sobre el suelo. Mientras me sostenía en su *halda*, me cantaba en francés el «*petit navire*»... *Il était un petit navire, qui n'avait jamais, jamais navigué*... Ella sabía leer, escribir y hablaba francés. Había ido a la escuela a pesar de ser mujer, de haber nacido en Larache y en 1893. Contaban en mi casa que su madre era gente de dinero. A veces el destino nos condena desde el primer día, haciéndonos nacer en fecha y lugar inadecuados.

Recuerdo cómo me gustaba acompañarla mientras guisaba, ya fuera el potaje de habichuelas con acelgas o *la Adefina* (la comida que los judíos sefardíes cocinaban todos los viernes y mantenían a fuego lento hasta el sábado a mediodía). También me sentía importante ensartándole el hilo en el diminuto —casi inexistente— orificio de la aguja de coser. Pero sobre todo destacaría aquella paciente espera a que mi abuela terminara de amasar los panes en forma de tortas para que yo los llevara al horno, haciendo de *terrah* (el niño que llevaba o traía los panes del horno sobre una tabla descansando en su cabeza).

Es el año 1951 como dije y mi abuela Luna vive de alquiler en la Calle Grisa o Guerisa, aunque el balcón de su casa del que daré buena cuenta en lo que sigue, da a la Calle Italia, quizás en aquellos años la calle más importante de la ciudad. Dicha calle empieza o termina en su margen izquierda por la Comandancia Militar, pasa por Telégrafos que pertenece a la compañía Torres Quevedo, está jalonada por multitud de pequeños comercios, la mayoría regentados por judíos, como la casa de cambio del señor Amar («¡Jacobi —le dijo un día a mi padre—, nunca demuestras cariño a un hijo porque si así lo hicieras te cogerá el pan de debajo del brazo!»), el almacén de mercancías de Sidi Kassem, el zapatero remendón Rbi David, la joyería del señor Wahnono, la tienda de «varios» del señor Berros, la del señor Emquies y finalmente la zapatería de Rbi Gabay que hace esquina con el Zoco Chico justo a la entrada de la Calle Real. Esta última zona es uno de los centros neurálgicos más bulliciosos de la ciudad. Hay un continuo deambular de personas, carros y burros cargados de mercancías diversas que entran o salen del zoco o de la Calle Real. Lo mismo bajan casi corriendo hacia la Calle Real, *camalos* como Jai Daued con su larga y poblada barba llevando sobre el hombro un pesado saco de harina, que suben desde el puerto pesquero dos pescadores —probablemente barbateños— a toda prisa con una caja de sardinas, posiblemente camino de los bares Central y Selva.

El balcón de mi abuela se halla en la margen derecha de la calle, frente a las tiendas de «varios» de los señores Emquies y Wahnono. Está en una primera planta y debe medir unos seis o siete metros. Es por lo tanto una buena atalaya para observar el ir y venir de gentes y cosas.

Desde ese balcón como desde cualquier otro que se precie, he podido presenciar unas veces solo y otras acompañado de mis tías, muchas escenas dignas de ser relatadas.

En el balcón de enfrente vive un personaje que siempre anda o más bien se sienta en pijama de rayas acompañado de dos de sus hijas que deben rondar la treintena. De este trío, él sobresale por su voluminosidad y por su apariencia. Es orondo, grande y con la cabeza totalmente rasurada, de forma que mi tía Raquel que para poner apodosos se las pinta, le ha bautizado como Mussolini. Y es verdad, que sentado en una silla y apoyado sobre la baranda del balcón se asemeja al difunto dictador italiano. En ocasiones mis tías y yo nos distraemos mirando por las rendijas de las persianas los movimientos y las gesticulaciones de Mussolini. Sin embargo, la escena que más curiosidad despierta en mí, es contemplar al señor Wahnono cerrar su tienda al atardecer. Hay que decir antes que el tal señor es un hombre enjuto y alto, vestido con un traje oscuro envejecido y ataviado con un sombrero negro que más que a un comerciante recuerda a un sepulturero. El ritual es siempre el mismo: el señor Wahnono echa la cerradura a la puerta de su comercio, echa uno o dos candados y se va. No han pasado ni diez segundos cuando vuelve y comprueba con parsimonia una por una las cerraduras, la escena se repite por lo menos de tres a cinco veces dependiendo del día, hasta que finalmente nuestro ínclito personaje desaparece en la oscuridad. Pero desde el balcón de mi abuela también se divisa la casa de un rudo y grandullón comerciante árabe que vive en una planta baja y que todas las noches se sienta en el suelo con las piernas entrecruzadas para proceder a realizar el balance contable del día que no es sino el recuento una a una de las monedas y uno a uno de los billetes. La manera en que tiene lugar esta pequeña ceremonia añadida al aspecto del personaje barbudo, siempre vestido con *zaraueles*, calzando unas babuchas amarillas y con un pañuelo blanco liado en la cabeza, nos hace pensar a mis tías y a mí que este hombre es un avaro que antes de acostarse disfruta con la contemplación de sus ganancias. A pesar de que la mayoría de los comerciantes de la calle son judíos, resulta cuando menos sorprendente que el avaro, al menos aparentemente, sea un árabe.

Llegados a la puerta de la clase, en la segunda planta, mi abuela me «entrega» a Mlle Beniluz, la maestra de primaria del Colegio Francés, que había sido su compañera de escuela y creo recordar que era prima suya. Mientras las dos mujeres conversan en la puerta de la clase, yo contemplo desamparado cómo lo hacen, y rompo a llorar cuando mi abuela se despide de mí por la puerta entreabierta. Mi desde entonces inseparable amigo Mustafa Tahar al que acabo de conocer, me acompaña en los llantos. Nuestra amistad se mantuvo hasta la adolescencia.

El niño que siempre va conmigo, nunca olvida a su abuela Luna, aquella señora mayor que siempre tenía un sitio en su *halda* para cobijarle y una palabra dulce para gratificarle. Las anécdotas de la vida diaria se han ido disipando de mi mente con el paso de los años; sin embargo, los sentimientos y las sensaciones de aquella época de mi vida junto a ella permanecen indelebles y la nostalgia de su recuerdo predomina.

Nadie es indiferente al cariño de una abuela. Ese cariño desinteresado que ni exige ni establece reglas de juego u obligaciones, quizá porque es la última forma de amar del ser humano.

MI CASA

Cuatro Caminos es y era una rotonda inexistente (yo la llamaría un cruce de caminos con aspiraciones) situada a la entrada o a la salida de Larache, según se mire. Aquella inolvidable tarde noche de Ramadán del ocho de noviembre del año 2003, me llevaron a cenar cerca de allí y aquella casualidad me decidió a visitar «mi calle» y «mi casa» que se hallaban apenas a medio kilómetro de allí. Digo bien mi casa, como diría E.T. Habían transcurrido cincuenta años desde mi partida y nunca había regresado, ni durante los diez años posteriores en que seguí residiendo en Larache, ni en ninguna de las escasas ocasiones en que volví. Que tuviera que transcurrir medio siglo resulta cuando menos sorprendente y, más aún si cabe, que me decidiera al reencuentro precisamente aquella noche. Y que mi acompañante fuera el Litri, otro fantasma de mi infancia... Me pregunto ahora si aquel paseo no fue un dulce sueño que nunca tuvo lugar.

No éramos dos transeúntes cualesquiera, mi acompañante y yo éramos dos supervivientes de la última generación de larachenses enviados al exilio por razones y sinrazones múltiples. No tuvimos demasiadas oportunidades de decir no, simplemente no pudimos elegir. Nos fuimos así, sin entender demasiado bien por qué teníamos que irnos, como si nos echaran. Enfilamos el camino como si nuestros pasos nos guiaran sin titubeos, pisando de nuevo la huella de antiguos pasos nuestros grabada sobre el asfalto, así llegamos en un tris a la Calle Barcelona, a mi calle. Mi casa, estaba ahí, inalterada, henchida de pasado, como si, esperando mi regreso, el tiempo la hubiera perdonado (*«Algunas cosas tienen un pegamento especial para que la vida se quede atrapada en ellas»*). Todo ocurrió en pocos minutos, un par de fotos y emprendimos el camino de vuelta, como si el Litri y yo, compinchados, no quisiéramos oprimir la memoria común y forzar los sentimientos. Fue un paseo a medio camino entre la nostalgia y el recuerdo donde el incipiente e irreprimible deseo de permanecer anclados a un pasado, feliz e ingenuo se topa de bruces con la cruda realidad del tiempo perdido. Aquel paseo representó (así lo siento ahora) un paseo desde la madurez a la infancia, un trayecto de difícil retorno y que los dos exiliados tuvimos el valor de recorrer aquella noche. Todos somos exiliados de la infancia, que es nuestra patria, nosotros también lo éramos de nuestro pueblo, de nuestras calles. Porque una cosa son las calles propias, las de la infancia y la adolescencia y otra bien distinta, las calles prestadas, aquellas a las que llegamos perdidos y donde pudimos pasear nuestro exilio interior mejor o peor, cada uno según su circunstancia.

Yo no quisiera volver a vivir en Larache, porque aquel Larache se ha ido, y el mío ha quedado en mi retina de niño, como mi infancia, pero sí me gustaría decir, que en su momento, me robaron la parte que me correspondía de larachense (algunos años) y que lo único que me queda es escribir algún que otro relato que como éste, me devuelve el recuerdo de mi pueblo, algo que siempre me pertenecerá y que ha de permanecer conmigo.

Lee el resto de la obra

[La memoria blanqueada](#)

de León Cohen Mesonero

ISBN: 84-611-0626-1



<http://www.libreriahebraica.com/>